

# Historia y Evolución del Tango

Fernando Martínez Franco \*

(Quinta parte)

**Y** A hemos platicado que el Tango en sus inicios fue música maldita, inadmitida por la llamada gente decente de la ciudad de Buenos Aires y que por ese motivo, desde sus orígenes, tuvo que asentarse, si no refugiarse, en arrabales y barrios de mala reputación. En efecto, fue hasta el año catorce de nuestro siglo, aproximadamente, que llegó al "Centro" de la metrópoli, a la calle Corrientes, a deleitar en Cafés, Confiterías, Restaurantes, Teatros, Music Hall y Boites a la Parrquia y a la nochería porteña acomodada. Salió de su postración arrabalera gracias a un acontecimiento verdaderamente curioso. Años después conquistaría el derecho de entrar a sus hogares.

Así, puede afirmarse que la melodía porteña fue aceptada por la Sociedad Bonaerense sólo para su diversión, hasta que fue conocida y gustada por París, que más tarde la irradiaría al viejo continente. Acerca de cómo aconteció tan curioso e importante evento, vamos a platicar en seguida.

A modo de antecedente conviene recordar que los colonizadores y luego los primeros gobiernos independientes de la Argentina persiguieron hasta extinguir en gran parte a la indiada, como le llamaban a su conglomerado indígena; que ello dio por resultado que sus generaciones posteriores, libres de mestizaje, tuvieran las características etnológicas y culturales propias de los europeos, que aún conservan; que a fines del siglo XIX y principios del actual llegaron a radicarse a ese país, una enorme cantidad de inmigrantes provenientes del viejo continente, y, por último, que también por entonces, París gozaba justamente de la fama de ser capital intelectual del mundo y el asiento nato de la elegancia, la diversión y la bohemia.

Con lo dicho, resulta fácil entender que una gran parte del pueblo argentino se encontrara mirando constantemente hacia París, pendiente de sus modas y costumbres, presto para imitarlas y que los músicos criollos, a su vez, lógicamente, se mostraran anhelantes de viajar allá, para ubicarse en la bohemia y en los espectáculos, para confirmarse a sí mismos como tales y, desde luego, para lograr mejores dividendos. Así comenzaron su emigración, llevando consigo al Tango, con todo lo que en sí contenía, sus peculiares estilos, musical, instrumental y letrístico y su rara inspiración.

Los autores afirman, casi coincidentemente, que en 1907, llegaron los primeros tangueros, "Los Gobbi", un dúo formado por ALFREDO EUSEBIO GOBBI y su esposa FLORA HORACIA RODRIGUEZ que bailaban el Tango y le cantaban a la manera de franceses — dice Horacio Ferrer, en su obra "El Libro del Tango"—... dentro de aquella tesitura inicial tan infundada por los cuplés, las habaneras y los

schotis del género chico español y por el repertorio de canciones criollas de corte campesino...".

Iba con ellos Angel Villoldo, autor de "El Choclo" y de la letra de "La Morocha", pieza ésta, la segunda, por la cual cobró, de inmediato, regalías. Todo indica que obtuvieron el aplauso efusivo del público francés y que en esta forma propiciaron la llegada de otros tangueros.

Otro que viaja es Enrique Sabordo, el autor de la música de "La Morocha" del que no he logrado saber qué hizo, ni qué éxito obtuvo. Luego inexplicablemente la historia reporta silencio, hasta el año de 1914, en que aparecen por París otros tangueros. En efecto, capitaneados por Celestino Ferrer, llegan Vicente Loduca, Eduardo Monelos, ambos bandoneonistas y un bailarín, Casimiro "El Visco" Aín. Estos actuaron de inmediato en un cabaret llamado "Princese" (Rue Fontaine No. 6 Bis) que después se convertiría en "El Garrón", de fama e importancia notabilísimas en el asentamiento francés de la melodía porteña. Después llegan Filipotto y Pepe Chuto a sustituir, respectivamente a Loduca que se traslada a Sudamérica y a Monelos que enfermó grave, regresa a morir a Buenos Aires.

Para entonces está por abatirse sobre Europa la Primera Guerra Mundial y con ello deviene un paupérrimo peregrinar de Ferrer, Filipotto y Aín a Nueva York. Chutto se queda en París. La dura Nueva York impone sus condiciones a los tangueros que para cumplirlas tienen que trabajar, el primero, como vendedor, de dulces, el segundo como lavacoches y el tercero, más afortunado, como profesor de baile, en una academia ubicada en Times Square. Vivieron por entonces en un apar-

tamento de la Décima Avenida, con un joven albañil llamado RODOLFO GUGLIEMI D'ANTONGUALLA a quien apodaban "El Tano". Se dice que "El Visco" Aín le enseñó a bailar el Tango. Años después Rodolfo lo bailarían ante los extasiados ojos del mundo, en la pantalla cinematográfica, anunciado como Rodolfo Valentino.

Durante la guerra vuelve a silenciarse la historia del Tango en Francia, para reanudarse el 6 de agosto de 1920, fecha en que en un paquebote llamado "Garona", procedente de Buenos Aires, llegan a Marsella Manuel Pizarro y Génaro Espósito. Actuaron ahí en el cabaret "Tabarin" con una orquesta de músicos franceses, más tarde se separaron, cuando el primero se trasladó a París, donde logró un éxito enorme. Puede considerarse como uno de los más importantes músicos que lograron la internacionalización del Tango, al realizar innumerables giras por el Báltico, el Mediterráneo y el Cercano Oriente. Durante mucho tiempo fue el número de atracción del cabaret "El Garrón" y luego como propietario de "L'Aiglon" actuó durante largos años con los cantantes Roberto Maida y Juan Gilberti. Grabó muchas piezas para una marca francesa y compuso tangos que perduran en el cancionero criollo, como "Quién te ha visto y quién te ve", "Amigos", "No sufras corazón" y "Una noche en el Garrón".

El tango consolidaba su estancia en París y EUROPA expectante a todo lo que triunfaba ahí lo acogía con entusiasmo.

(CONTINUARA)

De la Peña Tanguera "Los Muchachos de Antes".

